

Memorialistas & Viajeros

Jean-Michel Belorgey: “La verdadera vida está en otro lado”

Bartolomé Leal, desde Santiago

Vivir en una sociedad diferente a la propia, es decir a la cual uno pertenece por haber nacido y sido criado en ella, coloca a todo individuo en una situación de ruptura, de partición, de alienación. Esto puede ser leve o drástico. Otras normas y otras formas, otros valores y otros temores, entran en contradicción con lo que uno trae consigo al asumir ese cambio. Es un traslado al mundo de lo otro, lo ajeno, lo extraño (palabras preñadas de densidad semántica). A veces aquello se transforma no en un medio sino en un fin. Justamente, este libro no habla de conquista de territorios ni de expulsión del terruño, tampoco de migraciones económicas, sino más bien de desplazamientos voluntarios, a menudo compulsivos y absolutistas, hacia mundos que son, por lo general, más salvajes, menos confortables, más inciertos que los propios. Por eso el subtítulo: “Historias de rupturas con Occidente”.

No se trata por otra parte de viajeros en el sentido convencional, sea cual fuere su objetivo al moverse. Se trata de auténticas fugas. Este libro es un escarbar en los destinos de personajes concretos que decidieron romper con la vida civilizada por decirlo así. Muchas son las razones: volver a una supuesta vida primitiva más natural y pura, descubrir una sexualidad más voluptuosa o gratificante, encontrar una vía mística diferente para encontrarse con la divinidad, conseguir lo que en el mundo original de uno le fue vedado... Pero una cosa prima: la ruptura busca ser completa, radical, definitiva. No es, repito, la lógica del viajero sino la del tráfuga. No es moverse al país de al lado, sino de pegar un salto enorme, cultural y geográfico.



Todos estos episodios de rupturas han sido separados por el autor en categorías diversas que le permiten agruparlas siguiendo cierta orientación. No hay nada riguroso aquí, en principio, pero es una manera de ayudar a los lectores, de hacerlo circular por un laberinto interminable que lleva de una historia a otra, de una vida a otra, de una aventura a otra. Algo así como en *Las mil y una noches*, donde se suceden en forma vertiginosa, paisajes, ciudades, templos, harenes, caravanas, orgías o batallas. El libraco (de 400 páginas que se devoran de manera casi glotona) se divide en dos grandes bloques, titulados “Cuando el mito se hace carne” y “Un viaje iniciático”.

En la primera parte, los capítulos son: “La nostalgia del estado salvaje”, “La fascinación del reino primitivo”, “Bodas orientales” y “El Oriente de los sabios”. Es interesante lo que representan tales capítulos, en cuanto tratan respectivamente de las variadas maneras en las que el tráfuga racionaliza su actuar: descontento con la vida moderna, formas diferentes de alcanzar el poder, posibilidad de una sexualidad ampliada y más fascinante, encuentro con la elusiva sabiduría... Todos ellos son síndromes específicos de hombres y mujeres en ruptura que dejaron su patria para buscar afuera la verdadera vida, demostrar la posibilidad del mito, tantas veces intuido en los sueños (o ensueños), como resultado de los cuentos escuchados en la infancia o lo leído en la literatura.

En la segunda parte, los capítulos adquieren un mayor grado de complejidad y el análisis se sumerge en honduras profundas: “Rituales de deserción y arraigo”, “Las etapas de la iniciación”, “Radiografía de una metamorfosis” y “Bloqueos y logros”. Es un terreno más interpretativo, que busca señales comunes en las dificultades de la partida y la instalación, lo que implica cambios sustanciales en la personalidad del tráfuga: vestimenta, lengua, nombre, pruebas y comprensión del otro. La iniciación es una lucha contra una sociedad nueva y distinta que lo acepta sólo si es capaz de pasar ciertas pruebas, lo que lo lleva a la reconquista de sí mismo o a la destrucción (a veces por mano propia). Una metamorfosis que puede ser auténtica o un simulacro, o derechamente un trastorno de la personalidad. No todos lo logran y fueron muchos los que decepcionados volvieron a su odiado mundo originario o perecieron en el intento.

Afirma el autor: “Es en efecto la trasgresión lo que hace al tráfuga. Él lo sabe y se alegra. Eso marca su carácter. Más tarde, quizás, aspirará a la serenidad y la conquistará; es raro que comience por allí”. La ruptura no significa, pues, renunciar a la felicidad; pero el tráfuga intuye que debe conquistarla. Como lo pone Belorgey, hay en él o en ella un “apetito de metamorfosis”. No son sólo los señores los que sueñan con paraísos perdidos, y no son sólo fugas sino a veces raptos. Cuenta por ejemplo de Cynthia Ann Parker, secuestrada a los 9 años por los comanches, y devuelta a los suyos a los 34, por la fuerza. La mujer muere de

pena. Había sido esposa de un gran jefe, con quien tuvieron varios hijos, entre ellos Qanah Parker, uno de los fieros resistentes a la violencia colonizadora.

Grandes artistas se sintieron el llamado de la ruptura, como el narrador Robert Luis Stevenson y el pintor Gauguin, el primero en Samoa el segundo en Tahití, Panamá y Perú. Es hacia México que se dirigen D.H. Lawrence y Antonin Artaud (entre los indios tarahumara), ambos en busca sobre todo de ampliar los límites de su percepción, por usar la frase de Aldous Huxley. Malcolm Lowry busca otra cosa, no sabe qué, pero un impulso profundo lo lleva a instalarse en México. Un misionero, el padre Georges Vascon, llega para evangelizar en Tonga y termina por casarse con dos nativas y devenir jefe pagano. O ese neozelandés llamado Hingi, famoso por haber sido el insuperable organizador de festines antropofágicos. Conrad retrató a muchos de estos tráfugas en sus novelas y cuentos. Para Belorgey: “El sueño de El Dorado no es un sueño indígena”.

Mundo aparte son los desertores, como Melville (el autor de *Moby Dick*) o los marineros del *Bounty*, que se niegan a separarse de sus mujeres nativas y también llegan a jefes tribales; o el ballenero Roberts, en las islas Marquesas, que tras doce años dejó un primoroso diario donde evoca la belleza de las mujeres, una belleza sin aderezos, sin maquillaje ni artificios. Afirma: “Estaba en casa en todas partes, no tuve nunca necesidad de encontrarme un techo”.

Escribe Belorgey: “Aquel que se aboque sinceramente a devenir ‘otro’ no puede tampoco dejar de percibir que jamás llegará a serlo totalmente, pero eso importa verdaderamente menos de lo que creía al principio”. Lo esencial es vivir de verdad. Cabe señalar que el autor es un político francés preocupado de los temas sociales y ecológicos. Cuenta que buena parte de este libro lo escribió viajando en tren, lo que es una forma de estar y no estar, de hacer del otro lado un estado permanente.

